

# De Berlín a San Salvador

**A**legría incontenible estalló en Berlín cuando el huracán de la perestroika derribó el muro que dividió la ciudad durante 28 años. Todos nos regocijamos con los jóvenes que bailaban sobre sus restos y con los familiares que se reencontraban. La vieja y secularizada Europa y países marxistas despertaban nuestra esperanza en un mundo reconciliado. Al mismo tiempo, en nuestra América latina, oficialmente Católica, asistimos al recrudecimiento de la guerra civil salvadoreña con su secuela de sufrimientos para los pobres.

El jueves 16 fuimos estremecidos por la noticia. Seis hermanos nuestros jesuitas y dos mujeres que prestaban servicios en su comunidad habían sido asesinados a mansalva, bajo el toque de queda nocturno, por casi cerca de treinta personas vestidas con uniforme militar. La masacre culminó una campaña pública de amenazas y desprestigio contra el Rector de la Universidad Centroamericana llevada a cabo por sectores afines al Gobierno. Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín Baró, Amando López, Joaquín López, Segundo Montes y Juan Ramón Moreno se unían así al sacerdote jesuita Rutilio Grande asesinado a fines de los años 70, al Arzobispo Oscar A. Romero acribillado mientras celebraba la eucaristía y a muchos miles de civiles víctimas de la violencia simbolizados por las dos mujeres asesinadas. Don Arturo Rivera y Damas, actual Arzobispo de San Salvador, ha acusado a grupos militares o cercanos a ellos de ser los autores de este crimen y ha exigido su pleno esclarecimiento.

¿Por qué han muerto estos sacerdotes?

La Compañía de Jesús, en 1974, se comprometió a luchar por la defensa de la fe y la promoción de la justicia que esa misma fe exige. Estos jesuitas centroamericanos unieron su suerte a la de los campesinos y pobladores pobres y han sido severos críticos de la injusticia reinante en el Salvador. En la actual confrontación armada habían condenado con fuerza el terrorismo y abogaban por una salida negociada del conflicto. Estaban convencidos —como nos lo dijo Ignacio Ellacuría en Santiago hace tres meses— que ni el Gobierno apoyado por los EE.UU., ni la guerrilla podrían obtener una victoria a través de las armas. El Superior General de la Compañía de Jesús, que tuvo oportunidad de conocer a varias de las víctimas, ha dicho que “nada puede justificar esta barbarie... ni las actividades o los escritos de los jesuitas, que no han pretendido con todo ello sino dar lo mejor de sí mismos por el bien de la Iglesia y del pueblo salvadoreño”. Y, más adelante, confiesa que “no pude por menos de notar que eran conscientes de que el Señor pudiera pedirles también a ellos la vida como participación en su Pasión”. En estos nuevos mártires de la Iglesia Latinoamericana se han hecho realidad las palabras de Jesús: “No hay amor más grande que el dar la vida por sus amigos”. Ellos no quisieron abandonar a su pueblo en medio del dolor y de la guerra, y han rubricado con su sangre la autenticidad de su compromiso con la fe y la justicia.

San Pablo nos dice que “Cristo es nuestra paz; el hizo de los dos pueblos uno solo destruyendo en su propia carne el muro, el odio que los separaba” (Efesios, 2, 14). Cuando en otros continentes caen los muros divisorios y soplan vientos de libertad, esperamos en Dios que la sangre derramada por nuestros hermanos sea una llamada de conversión para los que confían más en las armas que en el diálogo, constituya un acicate para nuestro propio compromiso con la justicia y sea semilla de paz para El Salvador y Centroamérica.

Mensaje

21 de noviembre de 1989